

obras de molde. Hasta hoy en día, en que más que nunca el arte atiende y se ve reducido al mecanismo, los maestros modernos hallarían no poco que admirar y estudiar en las cómodas, magníficas y bien asentadas escaleras espirales de las torres, y en el corte, pulimento y colocación perfectísima de los sillares. Este interior está pavimentado con grandes losas cuadradas de mármol negro, que realzan grandemente su majestad: por fin, él es tal, que si se abrieran de par en par sus puertas y ventanas, se despejasen sus calados, y la luz penetrase libre y fuerte como lo dispuso el artífice, su elegancia y su magnificencia se revelarían al menos observador, y le traerían á la imaginación aquellas ropas venerables de la antigüedad, las variadas tocas, los jubones airosísimos, y los trajes de los mercaderes levantinos que frecuentaban Mallorca, y que eran dignas figuras de aquel cuadro.

Es, pues, la Lonja un edificio rico y noble: en su interior resplandecen la majestad, el desembarazo y la elegancia; en su exterior gózase de su originalidad y esbelteza, y de aquella su disposición particular que le constituye altamente poético y pintoresco. Es una idea simple, una y perfecta, pero transparente y á todos inteligible: es, si así puede decirse, una imagen risueña y dorada; y su ejecución limpia lo asemeja á una joya de oro cincelada con primor y redondeada con destreza. Razón tenía el gran Carlos Quinto en romper por en medio de su comitiva cuando su entrada pública en Mallorca (1), y bien hizo en espolear su caballo y adelantarse sólo á contemplarla y alabarla; y si en tanto la tuvo el Emperador, ahora que raras fábricas civiles de aquellos tiempos han sido respetadas, ella es un monumento más precioso, digno de una conservación la más esmerada, y tal vez en su género el primero de España.

Si alguna duda cupiese sobre la grandeza de la antigua navegación y comercio de Mallorca, la presencia de este edificio

(1) Véase la página 684.

sería la mejor prueba para disiparla; y pues él es un brillante recuerdo de lo que fueron uno y otra, necesariamente su historia ha de venir mezclada con la de entrambos. El grande estrago que las islas Baleares habían llevado á las costas ibéricas, provenzales é italianas bajo la dominación arábica, y la rigurosa piratería con que afligieran el naciente comercio de aquellas repúblicas, patentizaron á estas la importancia de Mallorca y la necesidad de refrenar la osadía de los árabes isleños y de procurarse allí una nueva escala y depósito para su contratación con las tierras berberiscas y el sur de España. Así, después de la expedición de los catalanes y pisanos, la activa Génova celebró la primera tratados mercantiles con aquellos jeques ó walfes; y convertida la isla en estación segura, italianos y provenzales vinieron á establecer en ella sus factorías, y á apoderarse del tráfico entero. Con la asiduidad que les valió la preponderancia marítima, arraigáronse en su nuevo establecimiento á pesar del fanatismo almohade que sucedió á los Beni Ganyas; y tal vez á sus arterías debió Cataluña ver frecuentemente rotos los pactos y las treguas por los jeques de Mallorca, y menoscabado el comercio por el curso de sus vasallos. Si hemos de creer á la crónica, los consejos de los genoveses, pisanos y provenzales decidieron al walí á negar á D. Jaime la satisfacción pedida; con lo cual, á ser cierto, sus mismas arterías fueron ocasión de abrir á la navegación catalana las puertas de su pujanza y gloria venideras (1). La conquista de Palma (a), al paso que trajo á Barcelona y á Cataluña entera el aumento de su marina y el ensanche y seguridad de sus relaciones comerciales, valió á la corona aragonesa la posesión de un nuevo estado, que así era apto para la contratación como para las operaciones de la guerra. Así lo conoció el mismo rey D. Jaime, y con las fran-

(1) Véase la *Primera parte*, página 59, y el número 9 del APÉNDICE á la misma.

(a) Disiento, como ya consigné en la nota pág. 123, de emplear el nombre de Palma con relación á tiempos anteriores á la moderna edad en que comenzó á usarse.

quicias que á 1.º de Marzo de 1230 concedió á los habitantes de la isla, dejó un buen testimonio de que la consideraba principalmente destinada á producir buenos marinos y activos negociantes (1). Entonces, apenas asentado el regimiento de la conquista, otra prueba vino á confirmar cuán propicia para los negocios fuese la situación de la mayor de las Baleares. Por Agosto de 1233, los pisanos por mano de su embajador Sigerio Gaytano presentaron al rey de Aragón copia del convenio que su antepasado el conde D. Ramón Berenguer III ajustó con aquella república en 1113; y D. Jaime no sólo ratificó las estipulaciones en él contenidas, sino que también les concedió en Palma una Lonja ó terreno para edificarla, una iglesia y rentas bastantes á la manutención de cuatro clérigos (2).

Si esa parte de Italia andaba tan solícita en reclamar el cumplimiento de aquel antiguo pacto, y en asegurarse buen lugar en la nueva plaza, es bien probable que ya los demás estados mercantes de la época, y principalmente Génova, habían mirado por su tráfico quizás interrumpido cuando el primer ímpetu de la expedición; y así garantizadas bajo el mando de un príncipe cristiano las relaciones antes sólo toleradas por los walfes, el comercio debió de tomar allí tanto incremento que ya se pensó en levantar el edificio de la Lonja. Y no es extraño que en aquellos primeros años de la posesión se concibiese semejante proyecto: los barceloneses eran quienes habían principalmente promovido la expedición y sostenido la mayor parte de su peso, y ellos más que ningún otro de los súbditos del rey reportaban un provecho pronto é inmediato de la victoria; y pues ya gozaban de grande experiencia en el giro y negociación con no pocas de las escalas del Mediterráneo, necesariamente debían apresurarse á proyectar una construcción donde se reuniesen para contratar naturales y extranjeros. Sea de esto

(1) Véase la *Primera parte*, número 30 del APÉNDICE.

(2) Véase *idem*, número 2 del APÉNDICE.

lo que fuere, á 22 de Agosto de 1246, el rey D. Jaime dió en censo á Ferrer de Granada terreno para edificarla, con las condiciones de no construir sobre el muro, sino de dejar una buena calle entre él y la Lonja (1). Mas no formaban aún los mercaderes una corporación constituida y organizada, que pudiese dirigir semejante empresa y atender á sus gastos sin gravamen directo ni de la república ni de los particulares; y faltando el centro constante de dirección, sin rentas fijas que aplicar á las obras, sin oficinas para recaudar é invertir, la Lonja no pasó de proyecto.

Entre tanto el comercio seguía engrandeciéndose; y viniendo á ser los mercaderes una clase muy principal entre las que mantenían aquel estado, al instituir el rey el gobierno municipal de Mallorca ocuparon dos de las plazas que se repartieron entre ellos y los estamentos de los caballeros, ciudadanos y menestrales. La construcción naval militar, empero, no debió por entonces de corresponder á los progresos de la contratación, y claramente lo prueba la oferta que de solas tres galeras hicieron los mallorquines á D. Jaime *el Conquistador* cuando su postrer venida á la isla en 1269; pues si tan pobres de embarcaciones les encontró, ya pudieron ellos ayudarle con el considerable donativo de cincuenta mil sueldos.

Mallorca, lo mismo que Barcelona y muchas ciudades célebres por el tráfico en la Edad media, encerraba un elemento muy poderoso para sostener y continuar sin interrupción los negocios á través de todas las distintas dominaciones que en ella se arraigaron. Quizás porque el aislamiento de las Baleares les ofreciese mayor seguridad que las agitadas provincias del

(1) Véase LLAGUNO, *Arquitectos y arquitectura de España*, tomo I, apéndice número 29 (a).

(a) He aquí cómo describe la área del terreno: *illam plateam terre in Majoricis, qua est juxta portalem quo itur ad mare, qua incipiat ab angulo barbacane ad exitum porte qua est versus hospitalem, et duvet per quindecim brachias in latitudine, et in longitudine per viginti brachias versus mare et versus ribum*. Trátase en este documento del hospital de los caballeros de San Juan y de la puerta que cerraba la calle, dejando fuera de la muralla el expresado terreno.

continente, de muy temprano acudieron á ellas los judíos en gran número; y las mismas circunstancias y cualidades así propias como de los tiempos, que pusieron en manos de la gente israelita el giro y los más ricos negocios en los países que primeramente despuntaron en la Edad media, debieron impelerles á apoderarse del comercio de las islas. No podemos mencionar aquí las causas que en Mallorca como en todas partes labraron su engrandecimiento, que ni es nuestro intento dar una reseña circunstanciada de su historia de ellos, ni al hablar de la Lonja es lícito recordarlos más que por vía de incidente. La irrupción de los vándalos y de los godos en España vino á aumentar el número de los que se establecieron en las islas; la conquista árabe y los cambios subsiguientes de walíes tampoco fueron parte para arrancarlos de ellas; y la misma sagacidad y aquiescencia á todas las dominaciones que hasta entonces les habían salvado, contribuyeron á exceptuarles del general destrozo que los aceros cristianos hicieron en la capital cuando la grande expedición de 1115, pues el conde D. Ramón Berenguer III los tomó á partido mientras las tropas italianas entraban á hierro y fuego el postrer recinto de la ciudad desventurada. Aunque no fuese cierto que la incomunicación que reinó en la baja edad entre los más de los países europeos no alcanzó al pueblo judío, que en todos estaba unido por un mismo idioma, por una misma proscrición, por un mismo aborrecimiento de los naturales, la presencia en el ejército de D. Jaime de un hebreo revestido con la confianza del rey y del cargo honroso de truchimán bastaría para suponer que no debió de descuidar los intereses de sus correligionarios isleños. Ello es que la Aljama también fué respetada y aun acrecentada con la nueva conquista, y las posesiones que les asigna el libro del Repartimiento serán una prueba duradera de sus tratos con el monarca.

Su constante ejemplo de asiduidad y destreza en los negocios comerciales no fué perdido para los nuevos pobladores; y cuando firmada la paz entre los reyes de Aragón y Mallorca

pudo D. Jaime II volver á las Baleares, los elementos que hasta entonces se habían ido amontonando cobraron vida y dirección, y la navegación y el tráfico recibieron del mismo rey el impulso que valió renombre á uno y otra y enriqueció á aquellas. Al mismo tiempo que entendía en el aumento de la población y en los adelantos de la agricultura, hacía batir la moneda mallorquina, que pronto debía ser de las más estimadas en los mercados; y con facilitarle esos signos propios reanimaba la contratación, si no la creaba.

Activábase la construcción naval á medida que todo se ponía en movimiento, y entonces paseó las aguas del Mediterráneo la primera escuadra que salió de las atarazanas mallorquinas y midió sus fuerzas con las galeras de Génova. Acabáronse de extender las relaciones por casi todas las plazas más importantes de la época, así en Africa como en Europa (1); y cobrando bríos con sus recientes progresos, aspiró Mallorca á rivalizar con Barcelona, que tal fué la tentativa de establecer cónsul en Túnez. Frustróla, es cierto, el rey de Aragón don Jaime II *el Justo*, mas no por esto dejará de ser ella un testimonio del buen estado en que el comercio mallorquín se encontraba. La injusta infeudación arrancada por D. Pedro *el Grande* de Aragón á D. Jaime II de Mallorca, que tan funesta fué á esta corona, también entonces dió pie á las alegaciones que el aragonés opuso á aquella tentativa. Era privilegio de la municipalidad barcelonesa nombrar los cónsules ultramarinos, cuya jurisdicción no sólo á los catalanes debía extenderse, sino á todos los súbditos de la corona de cualquiera condición que fuesen; y fundándose el de Aragón en su dominio directo y supremo sobre la isla, contrarió la pretensión de ésta con decir

(1) Francisco Balducci Pagolotti, que escribió en 1339, menciona las siguientes: Barcelona, Mompeller, Nimes, Aguas-muertas, Mesina, Palermo, Gaeta, Nápoles, Pisa, Florencia, Génova, Sevilla, Venecia, Constantinopla, Brujas, Londres, París, Fez, Salé, Arcilla, Zafi y Túnez. Véase CAMPANY, *Memorias históricas de la marina*, etc., tomo 3.

que también los mallorquines venían á ser súbditos suyos, y como tales gozaban tiempo había de las prerrogativas y protección de la bandera aragonesa. Esta protección y esas prerrogativas no debieron de ser estériles para el comercio de Palma, antes le hicieron partícipe de todas las ventajas de que entonces disfrutaban los catalanes y especialmente los barceloneses en no pocas ciudades de Africa y de Italia, merced así á la excelencia y seguridad de sus tratos, como á la fama y poderío de sus reyes; y bien puede afirmarse que el considerárseles como parte de la corona de Aragón y hermanos, si así puede decirse, de los catalanes, valió á los isleños las garantías é inmunidades con que otras potencias quisieron favorecer las barras rojas. Ya antes los reyes de Sicilia, bien como rama de la ilustre casa aragonesa, habían sido quienes más largos y benignos anduvieran para con los mercaderes barceloneses, pues únicamente Barcelona, que amén de emporio célebre entre los principales del Mediterráneo representaba los intereses comerciales de todo el reino, alcanzó aquellos documentos provechosos; y de sus grandes privilegios también participaron los mallorquines á la par de los demás vasallos de Aragón, aunque ni unos ni otros venían allí nombrados. D. Fadrique III de Sicilia en 1296 confirmó lo susodicho al ratificar todos los privilegios hasta entonces concedidos á los catalanes por sus predecesores; porque, mencionando en la escritura á los aragoneses y mallorquines, declaró á éstos privados de aquellas concesiones si venían á separarse del dominio aragonés (1). A esta unión de

(1) Estas son sus palabras: «Ita tamen quod prædicti Cathalani, Aragonenses, Majoricani et alii de dominio et posse dicti domini fratris nostri à primo Septembris proximo, futuræ decimæ Indictionis in antea, et prædicti Majoricani donec erunt in fide, dominio et posse dicti domini fratris nostri, utantur et gaudeant libertatibus, immunitatibus et gratiis supradictis. Et si forte pro decursu temporis prædicti Majoricani non essent de dominio et fide dicti domini fratris nostri, ab eo tempore quo non erunt et esse desierint de dominio et fide ipsa non utantur nec gaudeant prædictis libertatibus, immunitatibus et gratiis, vel aliqua parte ipsarum, et ab ipsis libertatibus, immunitatibus et gratiis penitus excludantur, et ex tunc in antea, quoad prædictos tamen Majoricanos et non ad alios supradictos,

bandera y participación de franquicias agregóse sin duda la mancomunidad de intereses, que formó del comercio de Barcelona y Mallorca una vasta compañía: á la verdad, nada más natural en quienes tenían un común origen, al paso que los barceloneses por su posición y anteriores relaciones é industria ya eran el depósito y factoría principal adonde habían de acudir los de Mallorca. Así la mayor parte de los cargamentos corrieron á cuenta de la capital de Cataluña, que constantemente trajo ocupadas parte de las naves de la isla; y así la reclamación por los daños recibidos de corsarios valió sendas ocasiones de mostrar su crédito y su firmeza á los concellerses, que sólo en tiempos posteriores lo hicieron de consuno con los jurados de Palma.

El impulso dado por D. Jaime II á la marina y al tráfico fué secundado por las circunstancias y por la aplicación de sus súbditos isleños; y el siglo XIV, en que uno y otra llegaron á su colmo en el Mediterráneo, también allí los vió florecer y acrecentarse. En 1321 el rey D. Sancho ofreció al de Aragón veinte galeras para la conquista de Cerdeña, á que tan sin provecho propio hubieron de asistir los mallorquines; y cuando parecía que esa corona iba á consagrar sus recursos al aumento de sus fuerzas y á garantizar para lo sucesivo la seguridad de sus vasallos, la memoria de D. Jaime III y las desavenencias provocadas por D. Pedro *el Ceremonioso* detuvieron aquellos progresos de la construcción de guerra. La ambición y la fuerza al fin triunfaron de la justicia, y el reino de Mallorca pasó á formar parte de los títulos de los monarcas aragoneses; y envuelto desde entonces en las continuas y terribles guerras que sostenía *el Ceremonioso*, el mismo acrecentamiento de su marina militar fué otra de las causas de su decadencia. D. Pedro de Aragón, como conocía la importancia de la situación de las Baleares, al

»præsens privilegium habeatur pro casso et irrito et inani.» Véase CAMPANY, *Colección diplomática* al tomo primero de sus Memorias.

punto consideró la mayor de ellas como uno de los tres grandes departamentos navales de su corona; y las tres difíciles empresas contra los Genoveses, Cerdeña y Castilla, que le trajeron ocupado largos años, pusieron á prueba su astillero. Fué el primer grande armamento el que en 1351, al mando del vicealmirante Rodrigo Santmartí, se reunió á las dos divisiones de Cataluña y Valencia, y bajo la dirección del general Ponce de Santapau marchó con ellas á juntarse con la escuadra veneciana y á buscar á la enemiga genovesa en las aguas de Negroponto. Ésta pasó los Dardanelos y tomó posición delante de su colonia de Pera, desparramada por la costa en una dilatada línea y por flotillas, teniendo en su favor el apoyo de la plaza, el viento y la práctica de aquellos mares. En esa sangrienta batalla el furor de los elementos correspondió al de los hombres; y ciento cuarenta galeras se abordaron entre los bramidos de la tempestad, más atentas al odio y á salvar las vidas á costa del estrago ajeno, que á la ordenación y á la disciplina. Los catorce buques griegos, que habían salido de Constantinopla y agregádose á los aliados, volviéronse al puerto apenas rota la acción por Santapau y por la división de Cataluña; pero aunque así menguadas sus fuerzas, pelearon venecianos y aragoneses con mayor denuedo, bien como ciertos de que sólo una lucha desesperada podía salvarles y de que en la fuga estaba su exterminio. Las tinieblas de la noche pusieron fin al combate y dejaron indecisa la victoria: el vicealmirante de la división valenciana Bernardo Ripoll murió en el calor de la pelea; el general Santapau sucumbió poco después en Constantinopla al rigor de sus heridas; tres mil cadáveres de los aragoneses y venecianos y un número casi igual de los genoveses atestiguaban el furor de los encuentros; y al revistar los cabos sus destrozadas flotas, faltaban en la de Venecia catorce galeras, doce en la de Aragón, y trece en la de Génova.

La continuación de esa misma guerra trajo á Mallorca la ocasión del segundo armamento. Sesenta galeras genovesas

conmovían y apoyaban á la Cerdeña contra el dominio aragones; por lo cual, concertándose segunda vez el rey D. Pedro con Venecia en el año siguiente, botó al mar más de cincuenta embarcaciones de guerra, que se armaron en Cataluña, Valencia y Mallorca. Juntas las tres divisiones en Mahón, tomó el mando el general Bernardo de Cabrera, y á 18 de Agosto hizo levantar anclas y dar la vela para Alguer, adonde arribó el 25. Echados en tierra los caballos y las tropas que llevaba para reforzar el sitio de aquella plaza, y ya reunido á la flota veneciana que constaba de veinte galeras al mando de Nicolás Pisani, tuvo aviso de que se acercaban los genoveses, y encomendando el cerco al gobernador de la isla Riambao de Corbera, se puso á punto de batalla, á tiempo que ya las velas enemigas despuntaban en el horizonte. Emparejó con las suyas las galeras de Venecia; dispuso su línea en dos alas, cuyo centro guardó para sí y para el Pisani; y dejó de reserva cinco naves armadas y seis galeras escogidas (1). Rompieron la batalla los catalanes á cosa de medio día, sin que les arredrase el viento contrario que casi frustraba el ímpetu de su arremetida. La resistencia igualó por mucho tiempo la furia del ataque; y si los aliados tenían que vengar las pérdidas de la acción pasada, los genoveses, no inferiores ni en número ni en valor, peleaban por arrancar una conquista á Aragón, por arruinar á sus rivales y por la conservación de sus intereses y renombre. Ya hacía algunas horas que la disciplina de entrambas armadas mantenía suspensa la balanza de la suerte; cuando cambiando algo el viento, las naves aragonesas, que por tenerlo contrario y por no poder valerse de los remos habían estado hasta entonces apartadas de la refriega, tomaronlo y á todo trazo embistieron á la flota de Génova. Era irresistible el choque de esas grandes moles encastilladas, de las cuales numerosos combatien-

(1) Zurita escribe *diez y seis*: la crónica impresa del rey D. Pedro no menciona sino el número indicado en el texto.

tes y ballesteros hacían llover la muerte en torno suyo; y tal fué el ímpetu con que tres de ellas toparon con los buques enemigos, que en un punto echaron á pique cinco galeras genovesas con todas sus tripulaciones. Entonces comenzó á decidirse la acción por los aliados, que redoblando sus esfuerzos hicieron en sus contrarios un estrago horrible. Sobrevino la noche; y á favor de ella pudo escapar el almirante genovés con solas diez y siete embarcaciones, dejando en el teatro de la batalla ocho mil hombres entre muertos y heridos, y treinta y tres galeras y tres mil doscientos hombres en poder de los aliados, que sólo tuvieron trescientos cincuenta y cinco muertos y más de dos mil heridos (a).

El corso más cruel sucedió á esta jornada, y tanto se resintieron de él Cataluña y Mallorca, que sus negociantes hubieron de fiar los transportes sólo á galeras bien pertrechadas y tripuladas por gente de guerra, y al fin se vieron privados de salir al mar, hasta que la grande armada que á toda prisa se estaba aprestando lo limpiase de piratas y contuviese á la escuadra que de nuevo había levantado la república de Génova. Tras aquella guerra vino la de Cerdeña, si es que no fué continuación de la anterior, puesto que en su posesión cifraban sus esperanzas entrambas naciones; y si ya en tiempo del buen D. Sancho Mallorca había cooperado á conquistarla con una crecida flota y con una fuerte suma sin reportar de ella ninguna compensación de sus auxilios, ahora consumió poco á poco sus fuerzas en los armamentos y sus fondos en los donativos, y ni todos los adelantos de su contratación bastaron á reparar las pérdidas que fueron enflaqueciendo su estado. El rompimiento con Castilla hizo necesarios nuevos sacrificios. En 1359 ella envió cinco galeras á la armada que el rey reunía en Barcelona para contrarrestar á la de su contrario; al paso que atendía al corso, á

(a) Remítome, tocante á algunos detalles que interesan á Mallorca, á la narración bien que rápida que de estas expediciones hago en el cap. IV de la parte histórica pág. 195.

la sazón más que nunca frecuente, en 1364 alistó veinte y tres embarcaciones entre galeras y leños al socorro de Valencia, bloqueada por el castellano; y casi no hubo expedición de las muchas que se emprendieron, ya para Cerdeña ya para Sicilia, de que no participase. En resolución, á fuerza de anticipos y donativos hubo de gravarse con nuevos impuestos y de empeñar las rentas públicas; y la enorme deuda que contrajo le impuso censos onerosos, que en los días de su decadencia no fueron los que menos cooperaron á su ruina (a).

Mas entre tanto su comercio había alcanzado el más alto grado de esplendor, y sus buques frecuentaban todos los puertos donde entonces se hacía el giro. Mientras mantenían relaciones con toda la península española y con las plazas de Provenza y de Italia, también á la par de los genoveses y venecianos aprovechaban las dos grandes vías de comunicación con el Oriente, esto es, Alejandría y Constantinopla, y sus gentes recorrían todos los mercados así de la Romanía como de la Siria y del Egipto. Su aceite fué uno de los más estimados en Alejandría; Génova dió salida á otros productos suyos agrícolas; sus lanas proporcionaron materia á la industria extranjera, y aprovechándose de ellas la suya propia abasteció de paños á Nápoles y á Sicilia. Así hecha depósito de las estofas, drogas y especerías del Asia, concurrió con Barcelona á proveer los mercados del Océano y mayormente los de Flandes, entonces emporio riquísimo de aquellas partes de Europa. La Inglaterra, que á la sazón más era abrigo de piratas que potencia mercantil, acarreó á Mallorca y Cataluña repetidas pérdidas, y no pocas de aquellas ricas cargazones, las más costosas de cuantas corrían á cuenta de los aragoneses, sirvieron para enriquecer á sus corsarios; con lo cual las represalias de los ofendidos fre-

(a) Sobre la guerra con Castilla véase en el lugar citado la pág. 196 y siguientes, y sobre los gravámenes y empeños de la universidad mallorquina la 199 y su nota 2.^a